

ISMAEL QUILES S.J.

filosofía de lo femenino



Depalma

FILOSOFÍA DE LO FEMENINO



LA VIRGEN BLANCA
Catedral de Toledo

ISMAEL QUILES, S. J.

FILOSOFÍA DE LO FEMENINO



EDICIONES *Depalma* BUENOS AIRES

1978



EDICIONES *Depalma* BUENOS AIRES

Talcahuano 494

Hecho el depósito de ley. Derechos reservados. Impreso en la Argentina.

PRESENTACIÓN

Como uno de los actos para la celebración en la Argentina del Año Internacional de la Mujer (1975), se nos pidió la conferencia cuyo texto ahora publicamos, ligeramente retocado y completado. Por cierto, ello significaba tratar un tema que nunca había aparecido en nuestra intención. No sé por qué, pero dentro de nuestras preocupaciones filosóficas, religiosas y sociales, nunca había entrado este tema en nuestro radar.

En aquella oportunidad tratamos de precisar dos o tres puntos un tanto concretos y algo indicadores, para poder comprender un poco más la realidad de la mujer y su posición en el mundo. Para lo cual creímos que debíamos centrar nuestro estudio sobre "La esencia de lo femenino".

En segundo lugar, reproducimos aquí también el artículo que nos pidió la revista "Lyra" para una colección de estudios sobre la mujer, que aparecieron en su entrega de 1976. El tema, "La espiritualidad de la mujer", es una consecuencia lógica y complemento del de la esencia de lo femenino.

En ambos trabajos intentamos acercarnos a una comprensión de la esencia y de algunos aspectos fundamentales del espíritu de la mujer. Los publicamos ahora juntos como una modesta contribución a la filosofía de lo femenino.

Buenos Aires, abril de 1978.

I. Q.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	7
I. LA ESENCIA DE LO FEMENINO.	
Introducción	13
I. Base filosófica de la diferencia: lo femenino ..	15
1. En lo biológico	16
2. En lo psíquico	16
3. En lo espiritual	18
4. En lo cósmico	20
5. En Dios	27
6. Síntesis	34
II. Base filosófica de la igualdad: la persona	35
III. Aporte de la mujer a la igualdad, al desarrollo y a la paz	39
IV. Reflexión final	43
APÉNDICE: Purusha y Shakti	46
II. LA ESPIRITUALIDAD DE LA MUJER.	
I. Qué es la espiritualidad	49
II. La espiritualidad y la esencia de la mujer ..	52
III. La espiritualidad y la misión de la mujer	58

I

LA ESENCIA DE LO FEMENINO

INTRODUCCIÓN.

Como es de suponer, cuando me pidieron que me ocupase del tema de la mujer, advertí que mi enfoque no podía ser otro que el filosófico. Bien sé que no es fácil; pero sin duda, es el más fundamental. Es obvio, como ustedes saben, que todos los grandes problemas y temas que hay en torno de la mujer, políticos, sociales, económicos, religiosos, jurídicos, culturales, psicológicos, morales, artísticos, etc., la comprensión misma de la situación histórica de la mujer y de su realidad actual, todos estos problemas, reitero, en el fondo se van tratando superficialmente y no se aclaran si no se tiene en cuenta lo que es la mujer en sí misma. Cosa muy difícil, como todos imaginan. Pero, como filósofos, debemos ir a la esencia, a lo último, la realidad última. Por eso ahora he de dirigir mi atención a la esencia misma de la mujer, a la esencia de lo femenino.

Vamos a tratar de acercarnos un tanto a ello, y espero que nos sea útil, si lo hacemos con un esfuerzo de precisión, y, a la vez, con conciencia de nuestras limitaciones. Sólo Dios conoce bien la esencia de las cosas. Para nosotros, ésta se pierde siempre en cierta

penumbra. Si uno tiene que pensar que todo en la humanidad, en la vida del hombre, en la vida mía particular, es misterio (lo que han llamado los filósofos el "misterio ontológico", el misterio del ser: el cosmos es un misterio, Dios es supermisterio, y cada uno de nosotros somos un misterio), no es de extrañar que la mujer sea un gran misterio también, sobre todo para los hombres. Por eso, quizá, éstos han dicho tantas incongruencias acerca de la mujer¹.

Sería largo y penoso repetir algunas de las irreflexivas afirmaciones que han hecho toda clase de escritores, no sólo los satíricos, sino también los filósofos, los historiadores, los teólogos y alguno que otro santo, sobre la mujer².

Pero olvidemos ahora esta gran inconciencia, esta actitud oscura del pasado. Tratemos nosotros de reflexionar directamente y con serenidad, filosóficamente, sobre el tema: ¿qué es la mujer?, ¿qué es lo femenino?, ¿cuál es la esencia de la mujer?, o, mejor diríamos, ¿cuál es la esencia de la esencia de la mujer?

Nuestro tema central será, pues, *qué es lo femenino*. Al preguntarnos por la esencia de lo femenino, buscamos *la base filosófica de la "diferencia" entre el hombre y la mujer*. Después analizaremos *la dignidad de la persona en la mujer, que es la base filosófica de la "igualdad" entre el hombre y la mujer*.

¹ I. R. Steinberg, por ejemplo, en el primer capítulo de su obra *La mujer nueva*, reúne varias de esas expresiones negativas sobre la mujer, que ciertamente no honran a la humanidad.

² Puede verse otra de las reflexiones inconcebibles en un autor como Rabelais, citado por Esteban Lamy, en *La mujer del porvenir*, G. Gili, Barcelona, p. 95.

Base filosófica de la diferencia: lo femenino.

Base filosófica de la igualdad: la persona.

Finalmente, en un tercer punto, una vez precisada la esencia de lo femenino y la dignidad de la mujer como persona, podremos hablar, con más fundamento, sobre el aporte específico de lo femenino a los problemas de la Igualdad, el Desarrollo y la Paz, tema del Año Internacional de la Mujer, en 1975.

Primero, pues, lo "eterno femenino" de que habló Goethe, y que ha recogido Teilhard en uno de sus estudios.

I. BASE FILOSÓFICA DE LA DIFERENCIA: LO FEMENINO.

Nuestra primera pregunta será: ¿qué es lo femenino en su esencia última? Si es que podemos captarlo.

Hay un hecho fundamental que es el *sexo*. Dios ha creado la humanidad sexuada. El sexo divide a la humanidad en hombres y mujeres; es un hecho: sexo femenino y sexo masculino. Veamos, entonces, qué es lo femenino, y, por supuesto, por contrapartida aparecerá también lo masculino. Como filósofos debemos tratar de llegar a la realidad última, a la esencia de la cosa. Esto puede parecer un poco molesto por los rodeos, abstracciones o análisis minuciosos; pero es necesario sobrepasar la luminosidad fácil, pero engañosa, de la superficie, para encontrar el verdadero foco de luz del ser y de la vida, la esencia de las cosas.

1. *En lo biológico.*

Lo más inmediatamente discernible por su forma exterior, para diferenciar lo femenino y masculino, es el sexo en el plano biológico. Lo femenino y masculino en lo biológico, son dos estructuras o elementos bien diferenciados, pero complementarios entre sí. Esto es sencillo, muy fácil y muy simple; dos estructuras distintas, pero complementarias; igualmente necesarias e indispensables entre sí para la prolongación de la vida. Ellas implican una atracción biológica mutua. El hombre es, puede decirse, fecundante, estimulante. La mujer es la portadora de la corriente vital. La va gestando, nutriendo; es la matriz vital, por así decirlo, es la que alumbra la vida. El hombre es el impulso, que estimula; la mujer es la energía vital que desarrolla la vida. Esto es la maternidad biológica, en la cual el ser humano no difiere del animal, sexuado también. La maternidad biológica implica en la mujer un instinto mayor de custodia, de conservación, de prolongación y defensa de la vida.

He aquí el primer elemento de lo femenino: lo biológico. El discernimiento es fácil y simple, tanto por la forma externa como por la función de cada uno de los dos, lo femenino y lo masculino. Bien diferenciados, igualmente necesarios y complementarios.

2. *En lo psíquico.*

El segundo nivel sexual aparece en lo psíquico. Porque el sexo no se agota en lo biológico; la psique, es decir, esa otra cualidad que tenemos todos y que

la vivimos, más fácil de señalar que de describir, con la que sentimos el choque de las cosas externas y tenemos atracción o repulsión hacia ellas; esa cualidad, el afecto, por la que reaccionamos ante las otras personas, más allá de lo biológico, y que es la base de la relación social con los demás, del amor y del odio. Todo eso entra en lo que podríamos llamar "psique". Ahora bien, la psique es, asimismo, *bipolar* en la humanidad. Lo masculino tiene su psique propia, lo femenino tiene la suya. Nuestra psique es también sexuada.

La atracción biológica es función, curiosamente, de la especie. Para la prolongación de ésta, para la continuación de la vida, la base biológica es necesaria; sin ella la humanidad desaparecería. Pero la psique es una polaridad sexual nueva, superior a la simple atracción biológica, en la cual se descubre también lo masculino y lo femenino. Repitamos que hay una psique femenina y una psique masculina. Evidentemente ambas tienen cierta conexión con la base biológica, pero son distintas y superiores. Se expresan, por tanto, de un modo más elevado, no tan material y tangible. Alcanzan, más allá de los cuerpos, la relación de las almas. Porque también hay una atracción entre las almas.

En la mujer y en el hombre, el psiquismo tiene sus matices propios. En la psique femenina aparece una mayor delicadeza, más afectividad; lo femenino es más emotivo, más impulsivo, espontáneo, instintivo; lo masculino es más fuerte, más reprimido, más calculado; lo femenino es más tierno, lo masculino más duro.

Esta diferencia no es biológica, es psíquica. No pertenece a la estructura del cuerpo, sino a otra superior. Evidentemente hay características dominantes en la psique femenina, distintas de la masculina. Aparece, pues, también, diferencia sexual en lo psíquico. Y por cierto que se descubre aquí un factor nuevo. En la psique se acentúa la satisfacción y la relación personal, individual; es decir, la función biológica es necesaria para la especie; es primariamente para la especie, porque es la condición para la prolongación de ella; la relación psíquica, en cambio, supera la especie y entra ya en el plano de la satisfacción, perfección y plenitud del individuo; es la relación de individuo a individuo o de individuo a sociedad.

Hay una plenitud psíquica sexual en un orden superior al biológico.

3. *En lo espiritual.*

También hablamos del sexo en el orden espiritual. Pareciera que el sexo no existe en el espíritu. "Los ángeles no tienen sexo" —se dice—; pero veremos luego hasta qué punto tienen sexo o no. Lo cierto es que los espíritus humanos tenemos sexo. Es decir, hay una manera "espiritual" de ser en la mujer y otra en el hombre, que se manifiesta por la diferencia en sus operaciones espirituales. Dominantemente características de las mujeres en un sentido, dominantemente características de los hombres en otro. Todos lo hemos notado muchas veces. Se trata de operaciones espirituales. Así, por ejemplo, es común decir que lo femenino es intuitivo, lo cual es propio de la inteligencia,

que es una facultad espiritual. Igualmente se dice que lo femenino es sintético, mira la totalidad, tiene una visión más global. Lo masculino es más racional, discursivo y analítico. Lo femenino es más místico, lo masculino es más especulativo.

Reiteramos que eso no significa que las mujeres sean exclusivamente intuitivas, sintéticas y místicas y los hombres exclusivamente racionales, analíticos y especulativos. En ambos se dan todas esas cualidades, en mayor o menor grado, según cada individuo, mujer u hombre. Pero ciertamente hay un toque dominante en lo femenino hacia un lado y en lo masculino hacia el otro. De aquí que las mujeres y los hombres tengan su aspecto espiritual propio, distinto. Se habla mucho de la intuición femenina; se revela así un "modo especial" de la actividad espiritual de la mujer. Y de lo racional como un "modo especial" de la actividad espiritual del hombre. Eso mismo nos está mostrando que, en algún aspecto, nuestros espíritus también están sexuados. Será por la relación con el cuerpo, será por la relación con la psique; pero es un hecho que el alma de la mujer reacciona de una manera propia en sus relaciones con el mundo material y con los otros seres humanos; a su vez, el hombre tiene también sus características propias, masculinas³.

³ Después de la conferencia me preguntó en privado uno de los oyentes: Las diferencias psíquicas y espirituales entre el hombre y la mujer, ¿no se deberán a la situación social en que ésta ha vivido, a que se le ha dado una manera de ser en la sociedad y se la ha educado unilateralmente para ello? Es un problema que se plantea con frecuencia. La respuesta adecuada necesita base histórica, biológica, psicológica y sociológica. Aquí sólo podemos dar una apreciación

Es cierto, asimismo, que cuando he distinguido los tres planos, biológico, psíquico y espiritual, lo he hecho para que nos entendamos, y porque hay una diferencia de base; pero también debemos reconocer la íntima unión que hay en el ser humano entre el cuerpo y el alma, y que, por lo mismo, no existe en el ser humano una dimensión sexual biológica, aislada de lo psíquico y de lo espiritual. Y, por otra parte, tampoco se da una actividad espiritual, puramente espiritual. Sino que también es siempre psíquica y biológica. Así que todo está en todo; pero sin duda se trata de planos distintos, con sus propias características, aunque estén uno y otro entremezclados y se influyan necesariamente.

4. *En lo cósmico.*

Hemos avanzado ya bastante, pero aun debemos aclarar nuevos horizontes. La comprobación de que lo masculino y lo femenino desbordan lo biológico y penetran en los planos psíquico y espiritual nos abre

fundada en las observaciones y experiencias globales. En primer lugar, la base biológica es ya un buen "condicionamiento" de la psíquica y espiritual. Pero además, las limitadas comprobaciones de la historia y aun de las diversas culturas actuales, dan rasgos comunes a las mujeres y a los hombres, que coinciden con las características de lo femenino y masculino que ahora señalamos. Nuestras apreciaciones personales en las culturas más diversas confirman esta impresión general. Hay una manera parecida de reacciones propias de las mujeres en las culturas más diversas: latinos, sajones, germánicos, eslavos, árabes, judíos, persas, indios, malayos, chinos, japoneses, coreanos, mongoles, manchúes, polinesios... En este sentido se puede hablar, con propiedad, del "eterno femenino", y, por supuesto, lo mismo se diga de lo masculino.

otra perspectiva. Lo cierto es que la realidad del sexo (sin ser pan-sexualistas en un sentido freudiano, ni mucho menos, además de que aquí nos movemos en planos distintos de los que Freud analizó), nos está revelando en el ser humano que la polaridad femenino-masculino obedece a algo más allá del hombre y de la humanidad. Y que en la humanidad, simplemente, se está cumpliendo una ley más general, una ley de valor universal. De manera que también vamos a encontrar lo femenino y lo masculino en el cosmos en general, como un factor del orden cósmico. Efectivamente, todo está condicionado y promovido por esos dos grandes polos. Los hemos llamado masculino y femenino por cuenta nuestra. Es una especie de antropomorfismo. Pero seguiremos llamándolos así sabiendo que expresamos una realidad más profunda.

Lo cierto es que en toda la naturaleza hay dos polos que actúan parecidamente, tal como sucede en nosotros. Quiere esto decir que no somos una ley al margen en el universo, sino, simplemente, la expresión de una ley cósmica universal. En realidad, si atendemos un poco a la historia, a la paleontología, a la geología, y a la humanidad, tal como se ha ido desarrollando, todo el devenir del universo, toda la evolución micro y macro-cósmica, en las células y en las galaxias, todo parece que está actuando, funcionando y desarrollándose en virtud de dos elementos complementarios, que equivalen a lo masculino y lo femenino.

Recordemos que ya la *Biblia*, en los primeros versículos del *Génesis*, nos describe el universo recién creado, y en él distingue claramente dos elementos:

la masa caótica y fluída de la tierra, envuelta en tinieblas abismales, y el espíritu o energía divina actuando en ella: materia y espíritu, tierra en caos y energía ordenadora, son los dos elementos bipolares del cosmos primigenio, que nos muestran su base constitutiva. El texto sagrado no puede ser más expresivo: "En el principio creó Dios el cielo y la tierra. La tierra era soledad y caos, y las tinieblas cubrían el abismo. Pero el espíritu de Dios aleteaba sobre las aguas"⁴.

Tenemos, pues, desde el principio, apuntada por la Biblia, la polaridad materia y espíritu, materia y energía. El espíritu es la energía que va ordenando el caos de la materia. Esta polaridad, que llamamos masculina y femenina, sería la estructura básica y primor-

⁴ *Génesis*, I, 1-3. *La Sagrada Biblia*, versión española con notas a cargo del Pontificio Instituto Bíblico de Roma, Muntaner, Barcelona, 1961. Los comentaristas subrayan a su vez el doble elemento incluido en la "primera creación", es decir, materia y espíritu o energía: "la materia informe, caótica, está animada por el *soplo* o espíritu *de Dios*, principio de orden, de energía y de vida". No hace falta que aclaremos que el "espíritu de Dios" o "principio de orden y energía" es el elemento activo, ordenador, que Dios ha dado al cosmos, al crearlo. Es, por tanto, un principio inmanente y constitutivo del cosmos; y no debe confundirse con Dios mismo, aun cuando sabemos que todo ser y toda actividad en el cosmos, toda materia y toda energía proceden de Dios, como su origen y causa primera. Aunque se admite siempre en el hinduismo y budismo la existencia de la bipolaridad cósmica y su correspondencia a lo masculino y femenino, no siempre hay coincidencia en la naturaleza de ambos polos. Así se considera a veces como activo y como positivo el principio masculino, y pasivo y negativo el femenino; pero otras veces también a la inversa. Lo mismo se diga de la polaridad materia-espíritu. Ver sobre el hinduismo y el yoga, Maryse Choisy, *La méthaphysique des yogas*, Ed. Mont-Blanc, 1948, ps. 165 y sigs.

dial de todo el Universo. De la interacción de estos dos polos resulta el proceso cósmico.

Las cosmogonías y filosofías orientales han coincidido con esta visión ampliamente. Los principios masculino y femenino son la polaridad universal.

Es clásica en el hinduismo la concepción de los dos elementos cósmicos "purusha" y "prakriti", que corresponden a lo masculino y lo femenino. "Purusha" es el principio estable, el sujeto, el ser; "prakriti" es el principio material, activo, origen del cambio, del movimiento, y por eso conectado con la energía y el dinamismo⁵. Lo femenino "Prakriti" es el impulso que da origen a la gran "danza cósmica", o evolución permanente del universo.

El yoga ha tomado la estructura bipolar cósmica del hinduismo (purusha-prakriti); además ha distinguido dos energías complementarias, masculina y femenina. Así, por ejemplo, en el caso de los dos conductos de energía en el ser humano, "ida" y "pingala", masculino y femenino respectivamente⁶.

El taoísmo ha representado siempre también los dos principios cósmicos, "yin" y "yan", correspondientes a lo masculino y femenino, por cuya tensión y

⁵ Todas las cosmologías hindúes conciben el mundo sobre la base de estos dos elementos: "purusha" significa el principio estable y espiritual, el sujeto, y es traducido frecuentemente como "alma"; en sí es inmaterial, eterno, inmutable, feliz; "prakriti" es el principio de actividad y se lo considera ligado a la materia; por eso lo llaman "materia", naturaleza, y es el origen del movimiento, el cambio, la mutación, el desarrollo, nacimiento y destrucción de los seres...

⁶ Entre los conductos de energía cósmica en el ser humano, dos de los más importantes son "ida" y "pingala", que corren paralelos a la espina dorsal y desembocan del lado izquierdo y derecho, respec-

y complementación se rige toda la evolución cósmica en el universo y en los individuos.

Así, pues, esta dualidad de los opuestos parece que rige toda la actividad cósmica. De manera que, curiosamente, la polaridad que existe en nosotros, masculino-femenino, en realidad no es más que la expresión de una ley cósmica superior y universal.

Teilhard, en su pequeño tratado *El eterno femenino*, describe este "eterno femenino" como la energía que está realmente animando todas las cosas en el interior del cosmos⁷.

Inspirándose en el *Libro de los Proverbios* (VIII, 22-31), que se refiere a la Sabiduría de Dios, como

tivamente, de la nariz. Se trata de la que nosotros denominamos, una "fisiología mística" de los yogas. Ver sobre el valor de esta concepción nuestra obra: *Qué es el Yoga*, 2ª ed., Ed. Columba, Bs. As., 1975, ps. 51 y sigs.

Lo curioso es la conexión que los yogas hacen con lo masculino y femenino, relacionándolos con el sol y la luna y con las dos sílabas del Ha-Tha yoga. Maryse Choisy describe así la significación y correspondencia de estos dos conductos: "Ida está a la izquierda y representa el magnetismo negativo de *ha*, lunar, femenino, pálido, destructor. A la derecha, *Pingala* es el magnetismo positivo de *tha*, solar, masculino, rojo, constructor". *Exercices de Yoga*, Ed. Mont-Blanc, Ginebra, 1963, p. 73.

Es difícil, sin embargo, acompañar a la Dra. Choisy y a los yogas en estas atribuciones. Como veremos más adelante, la bipolaridad cósmica no implica que uno sea negativo y otro positivo, que uno sea malo o destructor y otro bueno o constructor, pues ambos principios son igualmente positivos, cada uno con su aporte propio.

⁷ *El eterno femenino*, en *Escritos del tiempo de guerra*, ps. 277-290. El P. Henri de Lubac ha dado gran importancia a este breve trabajo de Teilhard, dedicándole un largo comentario: *L'éternel féminin*, Aubier-Montaigne, París, 1968. Traducción española por L. Cuadrado, Ediciones Sígueme, Salamanca, 1969, 287 págs.

fuerza creadora y ordenadora del Universo, Teilhard describe el "esencial Femenino", a manera de alma dinámica del cosmos. No puedo renunciar a transcribir algunos párrafos, profundos en su marco poético, sobre lo femenino como energía cósmica, creada por Dios, para dinamizar y unir la multiplicidad, que sin ella degeneraría en el caos.

"Yo aparecí desde el origen del Mundo. Desde antes de los siglos, yo salí de las manos de Dios, esbozo destinado a embellecerse a través de los tiempos, co-operadora de su obra.

"Todo en el Universo se realiza por unión y fecundación, por reunión de elementos que se buscan, y se funden de dos en dos, y renacen en una tercera cosa.

"Dios me difundió en la Multiplicidad inicial como fuerza de condensación y de concentración.

"Yo soy el lado conjuntivo de los seres, yo el perfume que los hace encontrarse y los arrebató libremente, apasionadamente, por el camino de su unificación.

"Por mí se mueve y se coordina todo.

"Yo soy el encanto derramado sobre el Mundo para hacer que se reúna, el Ideal suspendido sobre él para hacerle ascender.

"Yo soy el esencial Femenino.

"En el comienzo, yo no era más que un vapor ondulante; me disimulaba bajo afinidades apenas conscientes, bajo una polaridad laxa y difusa.

"Sin embargo, yo existía ya. [...]

"Era yo quien ponía así las bases del Universo.

"Porque toda mónada, por humilde que sea —con tal de que sea de verdad un centro de actividad—, obedece en su movimiento a un rudimento de amor hacia mí, el universal femenino" (ps. 279-280).

Como es fácil de ver, con su estilo poético, Teilhard vuelve a la concepción de las primeras palabras de la Biblia, al describir el comienzo de la creación: una tierra, una materia que se diluye en el caos y en las tinieblas, y el espíritu, la energía creadora puesta por Dios como principio ideal y efectivo del orden y vida cósmicos. Teilhard llama a ésta ya abiertamente el "esencial Femenino", que, por ser principio del Universo, puede llamarse "el universal femenino".

Lo masculino y lo femenino son, pues, una polaridad, que más allá del hombre, rige el devenir cósmico.

Y ahora podremos comprender el interrogante que antes hemos planteado acerca del sexo en los ángeles. Es muy poco lo que la Biblia y la tradición cristiana nos dicen sobre los ángeles. Por eso la teología católica es muy cautelosa en sus afirmaciones. Pero sabemos con certeza que son espíritus creados por Dios y que algunos de ellos han sido enviados por Dios a traer ciertos mensajes a los hombres. Por ser ellos espíritus puros sabemos que no tienen cuerpo como nosotros y por tanto no podemos hablar en éstos de lo masculino y femenino en sentido biológico. No cabe hablar de que se hallen divididos por el sexo a la manera del género humano. Pero, si la bipolaridad de esos dos factores, que hemos llamado antropomórficamente masculino y femenino, es una ley cósmica de toda la creación,

ello significa que en todos los seres creados, incluso los espíritus puros, se daría la tensión interior entre los dos factores: el ser y su energía, el sujeto y su impulso. En el interior del ser de cada ángel o espíritu puro se cumple, pues, también la ley cósmica de la bipolaridad vigente en todo el Universo.

5. *En Dios.*

Pero esta polaridad sexual en lo cósmico, como el cosmos mismo, no es más que un destello, un dejo o una huella de la esencia de Dios. Entonces, ¿también en Dios tendríamos que encontrar esta polaridad sexual? ¿Lo masculino y lo femenino en Dios? Mucho atrevimiento parece esto; pero los textos y las experiencias nos llevan por ahí. Se trata de textos milenarios, entre los cuales debemos incluir la misma Biblia.

En Dios todo es uno, lo sabemos. La Unidad máxima. Pero, a pesar de esa unidad en su naturaleza, los católicos ya distinguimos la Trinidad de Personas. La unidad de la naturaleza divina y la simplicidad de Dios es indiscutible. Pero ya entre el Padre y el Hijo la revelación nos descubre una polaridad inicial. El Padre es el Ser y el Hijo procede del Padre, es engendrado, como Palabra mental del Padre, como la Sabiduría-Energía creadora, pues el Padre crea todas las cosas por el Hijo. Así que encontramos en Dios una polaridad fundamental: Padre-Hijo, o bien, Ser-Energía creadora. El fruto de esa polaridad es, en Dios mismo, el Amor, el Espíritu Santo; y fuera de Dios, la creación del mundo temporal y mudable.

La primera polaridad en el seno de Dios la des-

cribe la Biblia con el estilo poético del *Libro de los Proverbios*. Nos hace imaginar la esencia de Dios, allá en la eternidad, en aquella especie de Soledad eterna de Dios consigo mismo. Dios planeaba en su Mente o Sabiduría infinita la creación del universo en un momento dado. La Biblia nos presenta, pues, primero, a la Sabiduría en Dios mismo, y luego, actuando en el proceso de la creación y ordenamiento del mundo. Y hace hablar así a la Sabiduría que se presenta como “el principio de actividad”, es decir, la Energía divina: “Antes de los siglos y de que se formasen los cielos, la tierra, los montes y los abismos yo ya estaba en Dios [desde la eternidad, como principio de su actividad]”, planeando todo el universo maravilloso que iba a ser creado en el tiempo⁸.

⁸ *Libro de los Proverbios*, cap. VIII, 22-31, edición citada. Es de interés reproducir el texto íntegro:

“Dios me poseía cual principio de su actividad,
como preámbulo de sus obras, de antiguo.
Desde la más remota edad fui constituida,
desde el principio, antes del nacimiento de la tierra.
Cuando aún no existían los abismos fui concebida,
cuando aún no había fuentes grávidas de agua.
Antes de haberse asentado los montes,
antes que los collados era yo nacida,
cuando aún no había hecho la tierra, ni las campiñas,
ni los primeros terrones del orbe.
Cuando afirmaba los cielos, allí estaba yo,
cuando ponía una bóveda sobre la superficie del océano;
cuando daba consistencia a las nubes de lo alto,
cuando daba fuerza a las fuentes del océano.
Cuando fijaba límite al mar,
para que las aguas no traspasasen la ribera;
cuando establecía los fundamentos de la tierra,
a su lado estaba yo, cual arquitecto,

El texto no puede ser más expresivo: "Dios" y "su principio de actividad", es decir, Dios y su Sabiduría, que es su principio de actividad, su Energía creadora. La Sabiduría divina corresponde al Verbo, la Palabra, el Logos, por el cual Dios creó todas las cosas y sin él no se ha hecho nada de lo que existe. En el Evangelio de San Juan se encuentra un paralelismo perfecto con el texto de los Proverbios: el Verbo (Palabra, Sabiduría, Energía) primero en Dios desde la eternidad, como principio creador, y luego creándolo todo efectivamente⁹.

Como es fácil de apreciar, la Biblia misma nos da fundamento para hallar también en Dios el doble aspecto o polaridad del Ser y la Energía, correspondientes, por cierto, a lo masculino y femenino, que hemos hallado en la creación.

Por supuesto, hablando con rigor, no podemos decir que el Padre o el Ser sea masculino ni femenino, y el Hijo o la Energía uno u otro. Ni el Espíritu Santo es masculino o femenino. Así que en este sentido no hay sexo. Lo masculino y femenino lo distinguimos nosotros. Pero hay "un" aspecto de Dios que expresamos mejor por lo masculino y "otro" por lo femenino. Y éste es el origen en Dios, unidad absoluta en sí, de

y era todo delicias, día tras día,
recreándome ante él constantemente,
recreándome en el globo terrestre
y hallando mis delicias en el humano linaje".

⁹ *Evangelio según San Juan*, I, 1-3:

"En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio en Dios. Todas las cosas existen por Él, y sin Él nada empezó de cuanto existe".

la polaridad que se muestra en el cosmos, y, sobre todo, en el ser humano, creado, de una manera especial, "a imagen y semejanza de Dios". No podía hallarse mejor fundamento y sublimación del sexo en la humanidad.

Lo mismo aparece en casi todas las teologías y filosofías orientales, en una forma muy curiosa, sin que ellas se hayan influído entre sí y con el cristianismo. Para el hinduismo, por ejemplo, el Absoluto es Brahman, que es la Unidad impersonal, indiferenciada. Pero dentro del Absoluto, indiferenciado en sí, distinguen los hindúes dos aspectos: "El Ser Supremo como inactivo que no crea... y como activo que crea". Es decir, el Ser y la Energía, o el Purusha y la Shakti. Por eso, todas las manifestaciones personalizadas del Absoluto (que los hindúes llaman "Ishvara") incluyen siempre el Dios y la Diosa, el Ser y la Energía, el Purusha y la Shakti. El mismo Dios personal, no crea el mundo por sí, sino por medio de su Energía, que es la que actúa verdaderamente, y esa Energía siempre la expresan los filósofos en forma de mujer o Shakti. Este término, en el hinduismo significa "energía", y es sinónimo de "esposa" del Dios. Por eso a todas las representaciones de Ishvara (Brahma, Vishnu, Shiva...) corresponde la de una figura femenina, como su esposa, que es su Shakti, su Energía Divina. Actúan los dos, Ishvara y su Shakti. En realidad, dicen los hindúes, son una misma cosa. La unión de ambos se realiza en el Absoluto. Por lo mismo, cuando Shiva se pone en meditación, llega un momento en que su Shakti se identifica con él: Unidad, la unidad de los

contrarios o diferentes. Pero es notable que el elemento femenino corresponde también a la Energía creadora divina en las filosofías hindúes del brahmanismo, como en el Libro de los Proverbios ¹⁰.

La distinción de lo masculino y femenino en el Absoluto, en Dios, aparece también, sin duda, por influencia del hinduismo, en muchas formas del budismo. El Buda trascendente o Absoluto, es representado a veces en forma de diosa. Tal es, por ejemplo, el de la imagen de Kanon en Japón. Evidentemente se trata de un aspecto del Absoluto —el de su acción en el mundo y de su compasión— personalizado en lo femenino.

En el Tibet, por citar otro caso, se ha desarrollado el budismo “tantra” o mágico. La Energía mágica la representan por una figura femenina, que es como la Shakti hindú y como una diosa que aparece abrazada a Dios. Esto es un símbolo del estado de iluminación o éxtasis místico de unión del alma y el Absoluto, que a su vez expresa lo que pasa dentro de Dios, donde lo

¹⁰ He aquí cómo el místico hindú Ramakrishna describe este doble aspecto interior del Absoluto:

“Cuando pienso en el Ser Supremo como inactivo, que no crea, ni conserva, ni destruye, lo llamo Brahman o Purusha. Dios impersonal. Cuando pienso en Él como activo, creador, conservador, destructor, lo llamo Shakti o Maya o Prakriti, Dios personal. Pero la distinción entre ellos no comporta ninguna diferencia. El impersonal y el personal son el mismo Ser. Tal es la leche y su blancura. Tal el diamante y su brillo. Tal la serpiente y su reptación. No se puede pensar el uno sin la otra. La Madre Divina y Brahman son Uno” (*L'enseignement de Ramakrishna*, 1964, citado por Maryse Choisy, *La métaphysique des yogas*, p. 164).

masculino y lo femenino se funden en la Unidad indiferenciada¹¹.

Con mucha frecuencia en el hinduismo, a Dios se le llama la "Madre", porque Dios es el seno de donde nacen todas las cosas. Se le da una denominación femenina. Pero en realidad se refieren a la Energía de Dios. Un místico hindú, Ramakhishna, expresaba su devoción a Dios preferentemente como hacia la "Madre". Repetía continuamente: "Madre", "Madre"... Y ése era su acercamiento místico a Dios. Porque veía en Él la fuerza creadora, la Shakti divina. Otro filósofo moderno, Sri Aurobindo, ha hecho también de la devoción a la "Madre", como imagen del Absoluto, uno de los medios más frecuentes para expresar su religiosidad y vivencia de Dios¹².

Repitamos que se trata siempre de la concepción de "un" aspecto de Dios, que se considera el aspecto femenino, interior a la divinidad misma.

Teilhard, en su estudio antes citado, *El eterno femenino*, se refiere a este aspecto de la Sabiduría divina, que es la Energía divina, como la fuente de la Energía cósmica, creada por Dios en el mundo. Lo que equivale a la Shakti, a la "Madre" o Energía divina del hinduismo. La terminología es idéntica. La Energía divina es el elemento femenino de Dios, según nuestro modo humano de representación.

En el cristianismo, la encarnación ideal de esta

¹¹ Ver *The Tantric Tradition*, por Agehananda Bharati, Rider and Co, London, 1965, especialmente el capítulo 8, "Polarity symbolism in tantric doctrine and practice", ps. 199 y sigs.

¹² Sri Aurobindo, *La Madre*, Ed. Kier, Bs. As., 1971.

Energía es María, la Virgen Madre. Ella aparece como "mediadora" entre Dios y el Mundo. Teilhard le dedica algunas de sus páginas más inspiradas. Ve en la Virgen Madre una expresión de la Sabiduría divina, de la Energía divina, sumergida en la materia, pero, a la vez, como el ideal de belleza sensible que va atrayendo todas las cosas a Cristo y a Dios, conservando los atractivos de la materia, pero sublimándolos. En la Virgen Madre el Ideal femenino se realiza en máximo grado. Siempre en esa forma de Energía divina que es el Amor, que es el Espíritu de unión, de unificación, de elevación, porque la Energía divina es elevante.

Escuchemos nuevamente a Teilhard, quien hace hablar a la vez, poéticamente, a la Energía Divina, a la Materia en que esa Energía se manifiesta, a la Naturaleza y a la Vida, a la Mujer ideal y a la Virgen Madre, que Cristo ha querido como el ideal femenino encarnado ¹³:

"Bajo la influencia cristiana yo seguiré combinando, hasta que la Creación se concluya, sus peligrosos y sutiles refinamientos en una perfección siempre cambiante, donde se resumen las aspiraciones de cada nueva generación.

"Así se verá reflejarse sobre el rostro de Beatriz, mientras el mundo dure, los sueños del arte y de la ciencia hacia los que asciende cada nuevo siglo...

"La Mujer no ha dejado nunca, desde los orígenes, de descontar en su favor la flor de cuanto producían la savia de la Naturaleza y el artificio humano.

¹³ O.c., ps. 287 y 289.

"¿Quién podrá decir en qué perfume de perfecciones, individuales y cósmicas, habré de expandirme en la tarde del Mundo ante la presencia de Dios?

"Yo soy la Belleza inmarcesible de los tiempos por venir, el ideal Femenino [...]

"Situada entre Dios y la Tierra, como una región de atracción común, yo los hago ir el Uno hacia la otra apasionadamente.

"[...] Hasta que tenga lugar en mí el encuentro en que vengan a consumir la generación y la plenitud de Cristo a través de los siglos.

"Yo soy la Iglesia, Esposa de Jesús.

"Yo soy la Virgen María, Madre de todos los humanos".

La Virgen Madre es, pues, para Teilhard la encarnación ideal del principio femenino cósmico, y del aspecto femenino, de la esencia de Dios mismo.

Hemos ya llegado a la cumbre. Hemos encontrado también lo masculino y lo femenino en Dios. En el Absoluto, Dios, distinguimos el Ser y su Energía. Es cierto que en Dios la unidad es completa. Por eso la unión del hombre y la mujer es el símbolo mayor de esta unidad de los dos aspectos de Dios. Y lo mismo la unión de Cristo y la Iglesia. He aquí cómo la creación, el cosmos, y sobre todo la humanidad, en ese aspecto bipolar del sexo, es un reflejo de Dios mismo. Lo masculino y lo femenino tienen su ser aun en lo Divino, en el Absoluto.

6. Síntesis.

Ahora, podemos ensayar de discernir algo más las características de lo masculino y lo femenino. Tene-

mos conciencia de que ello es muy difícil. Pero, por aproximación, parecería que fueran las siguientes:

a) *Lo femenino* se ha manifestado ciertamente como la Energía creadora de Dios; Energía que en el fondo es el Amor. La Energía cósmica —dice Teilhard— es el Amor, lo cual es verdad. Y Amor es el poder de unión de los seres; no de dispersión, sino de unión; unión que es, a su vez, ascensión espiritual, elevación de conciencia, elevación del ser, que es acercamiento a lo divino, realización de lo divino, acercamiento a Dios.

b) Lo masculino sería, entonces, más bien, el ser, la afirmación, sería la estabilidad, el cauce de la energía, la razón, la seguridad, la firmeza.

Los griegos ponen otra polaridad: Apolo y Dionisos. Dionisos es el impulso creador, impulso que implica situación agitada, caótica, pero en orden a una nueva creación. Correspondería a lo femenino. Apolo es la razón, el discurso, el orden y la estabilidad, que caracterizarían más lo masculino.

En cambio, no creemos que sean aplicables a la polaridad femenino-masculino las oposiciones negativo-positivo, malo-bueno, etc., pues en nuestro caso ambos son igualmente positivos, necesarios y complementarios, para constituir en el fondo lo que algunos autores llaman la "unidad-dual". Sin duda que en Dios ambos elementos se dan unidos con identidad absoluta, trascendente y de manera perfecta.

II. BASE FILOSÓFICA DE LA IGUALDAD: LA PERSONA.

Hemos visto la base filosófica de la "diferencia" entre la mujer y el hombre al señalar la esencia de lo

femenino. Ahora vamos a señalar, apenas, la base filosófica de la igualdad en dignidad. El tema es muy importante, pero es más fácil, pues ha sido más estudiado. Por eso lo podemos exponer con brevedad¹⁴.

Se trata de tomar plena conciencia del aporte que la mujer puede hacer a la sociedad. Si no lo hace, ella es responsable. Si los hombres no se lo dejan hacer, ellos son los responsables. En todo caso, siempre sale perdiendo la sociedad, es decir, las mujeres y los hombres.

En la primera parte hemos comprobado que la esencia de lo femenino consiste en expresar, de una manera especial, la Energía creadora divina. Ahora bien, esta energía, este "esencial femenino", que, repetimos, se encuentra representado, vivido esencialmente, en la mujer, está encarnado en una "persona". La mujer es una conciencia individual, es una persona. Pero cuando lo femenino está encarnado en una persona, adquiere un valor nuevo, fundamental. Ser persona confiere una dignidad especial. Por ello, lo femenino, encarnado en una persona, adquiere una nueva y más alta dimensión.

Notemos, en primer lugar, que tocamos la base de la igualdad entre el hombre y la mujer. Uno es persona, otra es persona; por eso son iguales como sujetos capaces de autoconciencia y autodecisión. Son distintos por su aspecto diferencial: una femenina, otro

¹⁴ Remitimos a los lectores a los numerosos estudios publicados sobre el tema de la *persona*. Nuestra concepción se halla principalmente expuesta en nuestras obras *La persona humana*, Ed. Kraft, Bs. As., 1967, y *Persona y sociedad, hoy*, Ed. Eudeba, Bs. As., 1970.

masculino; pero en dignidad, en categoría, ontológicamente, digamos, son iguales. ¿Por qué? Precisamente porque son "personas". Si la mujer es tan persona como el hombre, entonces, todos los derechos y obligaciones que competen al ser humano, como persona, son iguales para ambos. Cuando se hable de igualdad de derechos, posibilidades, participación, etc., entre la mujer y el hombre, la razón es muy simple y muy lógica, es decir, que ambos son personas. Cuando no se trata a la mujer en las mismas condiciones de igualdad respecto del hombre, en cuanto a sus derechos individuales y sociales, se va contra la naturaleza ontológica de la mujer, que es persona. Ésta es la base de la exigencia de todos los derechos de la mujer. Al parecer, ya no tendría ni qué hablarse de ello, porque se trata de una evidencia elemental. Está en el mismo plano que el hombre, en todos los niveles, como persona racional y libre.

En efecto, la "persona" es un sujeto que tiene *un "centro interior", que está en sí, y tiene que actuar desde sí*¹⁵; si no actúa "desde sí", no actúa como es; y si no actúa como es, no sirve para realizar su misión propia. Porque entonces no la trato como corresponde a su ser, y, por lo mismo, tampoco a mí me sirve como tal. Cuando se la usaba a la mujer como esclava,

¹⁵ Por esta razón hemos caracterizado la esencia del hombre como "in-sistencia", es decir, "estar en sí". Nuestra teoría de la "in-sistencia" la hemos desarrollado en nuestras obras *Más allá del existencialismo*, *Filosofía in-sistencial*, Ed. Miracle, Barcelona, 1958, y *Tres lecciones sobre metafísica in-sistencial*, E. Balmes, Barcelona, 1961.

Han sido reeditadas en un volumen con el título *Antropología filosófica in-sistencial*, Ed. Depalma, Buenos Aires, 1978.

como simple instrumento de placer, etc., etc., se la "usaba", algo así como un objeto, una "cosa", pero no se la trataba como "persona". Ahora bien, entonces se dejaba de recibir de la mujer lo mejor que tiene como mujer. No era una relación de amor. No aportaba al hombre lo mejor de sí, lo más propio de ella. Y si el hombre no vive el amor humano pleno, que no es por cierto el placer biológico, pierde lo más importante que tiene en la vida.

Y esto debemos extenderlo a todo lo relacionado con la presencia y actividad de la mujer en la vida. La mujer debe ser tratada como persona; ella debe decir sí o no. La mujer tiene su centro interior, como el hombre; tiene autoconciencia, lo que significa que tiene autonomía psicológica; tiene su ser propio, es decir, tiene autonomía ontológica; ella está "en sí" respecto del hombre y frente al hombre, respecto de la sociedad, y respecto de Dios. Dios mismo dice a la mujer lo mismo que al hombre: "Te tengo que dejar que actúes como tú eres". Dios nos respeta. Porque tenemos autonomía ontológica y psicológica.

Éste es el valor fundamental, trascendental, base de todos los demás valores de la mujer. Todo lo demás que tiene la mujer vale porque está apoyado en esta característica esencial: es persona.

Así, por ejemplo, no hay auténtico amor femenino si la mujer no es considerada como persona, y, por tanto, tampoco hay auténtico amor masculino; sin igualdad, no hay correspondencia.

Y lo que decimos de la mujer, individualmente, lo decimos de la mujer en la sociedad. La sociedad

que no trata a la mujer como persona, pierde los elementos más importantes de la mujer, los más valiosos; sólo podrá integrarlos en aspectos parciales y secundarios.

El tema de la igualdad, entre la mujer y el hombre, como es bien sabido, dentro del cristianismo ha cobrado un relieve central y decisivo en la historia de la humanidad. Ha habido discriminaciones en algunos escritores, pero la doctrina cristiana en ese sentido ha sido siempre uniforme. ¿Por qué? Porque tanto el hombre como la mujer han sido considerados igualmente "hijos de Dios" para la fe cristiana.

Además, dentro del cristianismo aparece el caso curioso y exclusivo. Es bueno que las mujeres se den cuenta de ello. El ser "exclusivamente humano", más idealizado, más perfecto, más elevado a mayor dignidad, es una mujer. Cristo no es exclusivamente humano, pues Cristo es también Dios; y, siendo Dios, está por encima del nivel exclusivo humano. Pero en el mero nivel humano, aquella mujer que fue la Virgen María, es el más dignificado, entre los seres humanos, para los católicos.

Recordemos también la imagen de la mujer en el Evangelio. Cristo trató siempre a la mujer, no solamente con igualdad, sino con consideración, con honor, con comprensión, con respeto, con delicadeza.

III. APOORTE DE LA MUJER A LA IGUALDAD, AL DESARROLLO Y A LA PAZ.

Creemos que, con esto, el aporte de la mujer a la igualdad, al desarrollo y a la paz es más fácil de

precisar. Se trata de sacar consecuencias claras, que pueden deducirse y aplicarse a los diversos casos.

En cuanto a la *igualdad*, pienso que es muy importante repetir que el hombre y la mujer son iguales *en cuanto son personas humanas*. Pero es más importante aún que se *tome conciencia* de que esto de la "dignidad de una persona" no es una palabra, sino que es una realidad íntima. Es necesario que se comprenda bien lo que significa ser persona, que se tome conciencia de ello. Es importante esa toma de conciencia, que es como una nueva autoiluminación. Cuando la mujer se da cuenta de esto, una nueva luz le hará comprender su propio ser y su valor; ella se ubicará de una manera especial, casi automáticamente, en su verdadero lugar en la sociedad, y ayudará a los demás a que se ubiquen. Esta conciencia de lo que es la persona, en cuanto persona, es primordial para la autoubicación y autoiluminación y para el testimonio activo de la mujer en la sociedad. De aquí surgirán mil aplicaciones prácticas, mil iniciativas. Pero lo fundamental es *tomar conciencia* de los principios: la esencia de lo femenino y la dignidad de persona de la mujer. De lo contrario surgirá una iniciativa por aquí, otra por allá, pero no se resolverá *en su conjunto* la ubicación de la mujer. Hay que ir a la solución integral, a esa toma de conciencia, para la mujer y para los hombres; y luego vendrá la actuación, de acuerdo con esta verdad profunda, de cuya aplicación práctica resulta la justicia. Porque verdad y justicia van juntas siempre, casi se confunden.

Lo cual implica, no superioridad de la mujer sobre

el hombre, ni dominación del hombre por ella. Cuando la mujer quiere ser superior al hombre está fuera de su lugar y deja de realizarse como sí misma; cuando quiere dominarlo, está fuera de su sitio y también deja de realizarse como sí misma. Así como, a su vez, cuando el hombre quiere dominar a la mujer está fuera de su sitio y deja de realizarse como hombre; no solamente impide que se realice la mujer, sino que él mismo deja de realizarse como hombre, porque no actúa como hombre, ya que no hay relación de persona a persona, sino que descendió al nivel de "cosa". Cuando yo trato "cosas" no hago un acto de relación humana. La relación plenamente "humana" es con otras personas; con las cosas no se "dialoga", a las cosas no se las "ama". Si a la mujer la trato como cosa, no dialogo con "ella", no trato con "ella", entonces yo mismo tampoco realizo una relación humana. Por lo mismo, no debe haber superioridad, ni dominación, en uno o en otra. Tampoco extrapolación, es decir, querer hacer la mujer lo que es específico del hombre. Hay ciertas cosas que, por su naturaleza, el hombre las hace mejor, como hay otras que la mujer hace mejor; son diferentes, son distintos, cada uno en su propio valor; simplemente, ambos deben autoafirmarse y autorrespetarse. Sólo entonces lo femenino y lo masculino se realizan. Es la ley más simple de las relaciones humanas; la ley simple del amor. La relación entre esposos, entre amigos, en toda relación humana. Si yo someto o me someto a alguien, entonces no lo trato como amigo, no tengo amigo; pero lo que yo quiero es tener amigo, que libremente sienta hacia

mí simpatía y comprensión. Con mayor razón todavía ello sucede en la relación hombre-mujer. Esto parece fundamental, elemental.

Si la esencia de lo femenino es, precisamente, esa especie de encarnación de la energía divina, creadora, parece que la responsabilidad de la mujer en el *desarrollo* de la humanidad en el mundo cósmico, es primordial. No se trata de desarrollo limitado a sí misma y a su familia, porque ella tiene conciencia social, tan social como el hombre; sino que ha de impulsarla a llenar las aspiraciones de la humanidad. Debe ser la gran promotora de las aspiraciones de la humanidad. Ahí entra todo, pues se trata del desarrollo integral. La Energía se va desarrollando y desarrollando, no como quiera sino con un impulso que busca ser ascendente: en la ciencia, en la técnica, en el arte, en la cultura, en lo material y en lo espiritual, nada que pueda ser conveniente, útil para el desarrollo de la humanidad, hacia arriba y hacia adelante, es ajeno a la mujer.

Más aún, tiene "especial" misión de promover el desarrollo. Por la misma esencia de lo femenino, que es la Energía creadora, el dinamismo, la Shakti activa, el impulso debería estar más en la mujer que en el hombre. Según hemos visto, en la tradición y en los hechos, el "eterno Femenino" es la "Energía creadora".

La paz está puesta en tercer lugar, con razón, pues se trata del don supremo, del Bien Supremo; todos queremos la paz del alma, la serenidad interior. Porque repetimos, la paz es el Bien Supremo. La paz no es un estado pasivo e inactivo; no es un dejarse estar,

sino, simplemente, es la síntesis, el resultado armónico de vivencias positivas. La paz es seguridad, es plenitud, tanto la individual como la del conjunto social. La paz es la tensión equilibrada de las fuerzas constructoras del ser y de la sociedad. Paz, justicia y orden son entre sí inseparables; si no hay orden no hay paz; y sin justicia no hay orden. La paz y la justicia —dice la Biblia— se dieron un beso¹⁶. Son como lo masculino y lo femenino; igualmente necesarios uno y otro. Todos los hombres llevamos esa aspiración a la paz, pero la mujer parecería ser un vigía, y una garantía vital de la paz. Lleva la Energía divina, y lo “eterno femenino” es, ante todo, energía de unión, de amor, de atracción de los seres humanos, como lo es también de los astros y de los átomos.

IV. REFLEXIÓN FINAL.

Lo masculino y lo femenino en Dios se encuentran unidos: son unidad perfecta. El Ser y la Energía de Dios, fuera de Dios se hallan diversificados, y fuera de Dios son distintos entre sí. Cada uno tiene su propio valor, distintos, en su ser, pero al mismo tiempo iguales en su dignidad; y por eso la felicidad está siempre en la unión combinada, respetada, de ambos. En la unidad que forman ambos.

Aurobindo tiene una frase que sintetiza lo masculino y lo femenino, en relación con Dios. Para Aurobindo, *el hombre* es el Ser, el Alma; *la mujer* es la Naturaleza, la Energía. El hombre (Purusha) es el

¹⁶ Salmo 84, 11.

sujeto, la mujer es Prakriti, la materia-fuerza. Dice, pues, Aurobindo: "Alma y Naturaleza, Purusha y Prakriti, dos eternos amantes, que poseen una perpetua unidad, y gozan de su constante diferencia"¹⁷. La felicidad es la diferencia, con la posesión de la unidad; porque eso es lo que vale, ser diferentes y estar unidos. Yo siempre suelo decir que el acto de amor a Dios tiene valor y sentido sólo si en ese acto yo me uno a Dios, pero sin dejar de ser yo mismo, sin perder mi conciencia, es decir, manteniéndose mi diferencia. Con confusión no hay amor. El amor es siempre entre "uno" y "otro", entre dos que se hacen uno, pero sin dejar de ser verdaderamente "uno" y "otro".

Teilhard termina, a su vez, recordando la realización ideal de lo femenino, que es la Virgen María. Es ideal porque asume toda la belleza de la materia, del mundo material, y representa, dentro del mundo material y dentro del mundo simplemente humano, la mayor y mejor expresión de la energía divina; de manera que es una especie de intermediario entre Dios-Cristo y la Humanidad. Función trascendente de lo femenino, de la Virgen Madre.

He aquí, pues, la dignidad, la belleza y la responsabilidad de lo femenino en el cosmos y en la sociedad. Lo femenino, lo eterno femenino, que de una manera especial interviene en la creación, se encarna también de una manera muy especial en la mujer. Es en el Universo sensible el aspecto de la Energía divina, el Amor creador. Pensamos que Dios tiene, entonces, co-

¹⁷ Ver especialmente los dos capítulos que Aurobindo dedica a la relación Purusha y Prakriti en *Síntesis del yoga*, III, caps. XVI y XVII.

mo dos caras, dos aspectos, anverso y reverso, en absoluta unidad. El Ser de Dios, firme, sólido; y la Energía creadora de Dios, impulso y amor creador. Recuerdo ahora que la Sabiduría o Inteligencia de Dios es eminentemente activa. Y así la describe la Biblia, según hemos visto. Ahora bien, en griego, "poiesis", poesía¹⁸, significa la acción creadora de la inteligencia, la imaginación creadora, y de ahí proviene el sentido con que después en griego, en latín y en las lenguas romances, usamos la palabra: poesía. De modo que podríamos decir, para terminar, que lo femenino es el aspecto poético de Dios.

¹⁸ "Póiesis" es el sustantivo activo del verbo "poiéo", que significa precisamente *hacer, fabricar, componer*. Como sustantivo activo significa etimológicamente "el acto de hacer". "Poiéma", de donde el latín *poëma*, es sustantivo pasivo: "lo que uno ha hecho"; es decir; *obra, libro, poema*.

APÉNDICE: *Purusha y Shakti.*

Sobre la relación entre *Purusha* y *Shakti*, como equivalentes a lo masculino y a lo femenino en el Absoluto y en el universo, creemos de interés traducir la siguiente aclaración que da Maryse Choisy en su obra sobre *La metafísica de los yogas*.

"Pero para los yogas, la *Prakriti* no es más que el aspecto exterior, el aspecto «ejecutivo» de la *Shakti*".

¿Qué es, pues, la *Shakti*? En los escritos religiosos de la India, ella figura como la esposa del gran dios sectario, Shiva. Su sentido corresponde al griego *dynamis*. Se puede traducir por "eficiencia".

La relación de estos dos aspectos del indiferenciado: de *Purusha* a *Prakriti*, del espíritu a la naturaleza (en la filosofía *Samkhya*), de Shiva o *Shakti*, del espíritu creador a su eficiencia (en el sistema tántrico), es una relación de varón a mujer, o como lo expresa Masson-Oursel "M F". Relación exclusivamente metafísica, puesto que M se basta a sí mismo, mientras que F está allí para dar a M la ocasión de afirmar su absolutez por su actitud a establecer lo relativo (*La méthaphysique des yogas*, Genève, 1948, p. 66).

Como se ve, es fácil establecer la relación de lo masculino y femenino en el Absoluto y el cosmos según el hinduismo; así, la relación bipolar suele expresarse con los siguientes pares u otros equivalentes:

Varón-Mujer
Masculino-Femenino
Brahman-Shakti
Brahman-Maya
Purusha-Prakriti
Shiva-Shakti
Isvara-Shakti
Espíritu-Energía
Espíritu-Naturaleza.

Nótese que *Shakti* es la Energía divina creadora y que *Prakriti* es el elemento constitutivo del Mundo material. Naturaleza y Maya son el aspecto externo o ejecutivo de la *Shakti*. Por eso a veces se usan como sinónimos.

II

LA ESPIRITUALIDAD DE LA MUJER *

* Publicado en la revista "Lyra", Buenos Aires, 1976.

El tema de la espiritualidad de la mujer evoca uno de los aspectos que más afectan a la esencia de lo femenino, y, por lo mismo, que más trascendencia tiene para el ser y la vida de la mujer. Con ello estamos indicando que se trata de un tema que interesa a la mujer, no sólo para comprenderse a sí misma, sino para comprender su situación en la sociedad y también su misión en el universo.

I. QUÉ ES LA ESPIRITUALIDAD.

Pero, ante todo, aclaremos qué significado tiene aquí el término espiritualidad: éste resulta un tanto vago, y, por ello, conviene precisarlo. Espiritualidad, por su mismo nombre, está apuntando a todo lo que se refiere al "espíritu", a su ser y a sus actividades. El espíritu se manifiesta de múltiples maneras y abarca tanto el conocimiento abstracto, cual es la lógica y la matemática, como los valores estéticos, y especialmente los valores religiosos y la mística. En realidad, el espíritu comprende todas las manifestaciones de la cultura en sus diversos niveles, desde la tecnología, que

sólo puede producirse gracias a la inteligencia, facultad espiritual del hombre, hasta la mística que se capta en una zona interior del alma, en lo más profundo del espíritu, o, como diría San Agustín, en la cúspide del alma. Todo ello se significa cuando se habla del "espíritu" y de la "espiritualidad".

Pero, en sentido más propio, espiritualidad significa una *especial actitud interior*, una particular y fina sensibilidad, para intuir el aspecto íntimo de los seres y de la vida, que se contrapone a lo externo, a lo material, a lo grosero, y aun a lo puramente racional, como es lo matemático y lo geométrico. Espiritualidad es la facultad y es la actitud, una especie de sentido interno superior, por el que aprehendemos el aspecto imponderable de la intimidad de la vida humana y de la naturaleza, el latido íntimo de la realidad, que no sólo se halla en la vida y en el espíritu mismo de un ser humano, sino también en la naturaleza, en las flores y en las plantas, en la obra de arte, en la fuerza desatada de la naturaleza o en el movimiento gracioso de un animal, lo mismo que en el suave susurro de la brisa.

Con mucha frecuencia espiritualidad se ha confundido o identificado con lo religioso. Por eso espiritualidad y religiosidad se han tomado a veces como sinónimos. Ello se debe a que la manifestación más elevada del espíritu es la actitud religiosa. Por eso mismo, en la escala de los valores espirituales, algunos filósofos, como Max Scheler, han dado la supremacía a los valores religiosos. Los místicos, podemos decir, son los gigantes del espíritu. Sin embargo, la espi-

tualidad, aunque tiene su culminación en lo religioso, abarca manifestaciones que no son específicamente religiosas, como el arte, la estética, las virtudes humanas de la compasión, la comprensión, la captación de los sentimientos ajenos, etc. A no ser que, en el fondo, en todas estas expresiones espirituales se perciba un fondo religioso, que indudablemente existe. En todo caso, no conviene confundir espiritualidad con religiosidad en el sentido de devoción, o práctica o vivencia religiosa.

La espiritualidad, repetimos, es esa sensibilidad especial, ese radar interno para captar el aspecto más íntimo de la realidad de la vida, especialmente de la vida humana, de las reacciones más profundas del ser humano, de su relación con los demás seres y con el mundo trascendente.

Ahora bien, ¿cómo es la espiritualidad de la mujer?, ¿cuáles son sus características que la manifiestan como una espiritualidad propia de la mujer, típicamente femenina? ¿Qué aporte significa la espiritualidad femenina para la humanidad? Vamos a centrar nuestra atención en dos aspectos de un problema tan rico en matices, y que se presta para análisis extensos y de gran interés para la humanidad. Nos vamos a limitar a algunos sondeos sobre la espiritualidad y la esencia de la mujer, y trataremos luego de aclarar algunas características propias de la misión de la mujer en el mundo según su espiritualidad. Es decir, una vez precisadas las características de la espiritualidad propia de la mujer, trataremos de apuntar cuál es la misión de la mujer en el mundo, propia y específica

de su espiritualidad. Tal vez de esta manera podríamos nosotros comprender mejor, y aun apreciar y dirigir, el aporte de la espiritualidad de la mujer para la sociedad en el mundo actual.

II. LA ESPIRITUALIDAD Y LA ESENCIA DE LA MUJER.

En un trabajo anterior sobre la esencia de lo femenino, hemos tratado de precisar cuál es la esencia de la mujer, es decir, aquella última realidad por la cual la mujer se distingue del hombre y tiene su propia y característica manera de ser y de actuar. En otras palabras, la raíz de donde, en el fondo, nace el modo propio de ser y actuar de la mujer, la esencia de lo femenino. Ahora bien, vimos entonces que lo femenino no se limitaba por cierto al sexo biológicamente considerado, sino que se manifestaba con características propias como distinto de lo masculino, tanto en el plano psicológico como en el plano espiritual y en el plano cósmico. Es decir, un modo de ser, un modo de actuar, unas reacciones psicológicas y espirituales distintas y una distensión cósmica entre dos polos que se expresan como lo masculino y lo femenino. Pero, ascendiendo todavía más en el plano del ser, llegábamos hasta descubrir los dos elementos que actúan como polos complementarios, de lo femenino y lo masculino, también en el plano de lo divino. Y vimos entonces que, curiosamente, había una coincidencia básica entre las filosofías y religiones orientales y occidentales en este aspecto, pues la concepción del judaísmo y del cristianismo corre paralela con el hinduismo, el budismo y el taoísmo. Con-

cluíamos que la esencia de lo femenino se manifestaba en Dios por su Energía divina creadora, es decir, por aquel impulso interno, inmanente en la divinidad, por el cual ésta se expande hacia afuera en mil manifestaciones, en mil realizaciones diversas. Esta "Energía creadora", por contraposición al "Ser" de Dios en sí mismo, es lo femenino. En otras palabras, lo masculino y lo femenino en Dios lo distinguíamos por el Ser y la Energía, con lo cual coincidíamos con textos característicos de la Biblia y al mismo tiempo con la concepción dominante en muchas filosofías orientales. Así, el hinduismo expresa la bipolaridad de lo masculino y lo femenino en forma del ser y de su energía, de la persona y de su energía, del Purusha y de la Shakti.

La Biblia nos describe la Sabiduría divina como la Energía inteligente por la que Dios creó el mundo. Esta Sabiduría ordenadora y creadora existía ya desde la eternidad en el seno de Dios, ordenando todo el cosmos, poniendo los fundamentos de la creación del cielo y de las estrellas. Y al comienzo de la Biblia se dice que el Espíritu de Dios, es decir, el Espíritu creador animaba las aguas, flotaba sobre las aguas vivificándolas; en otras palabras, era el impulso divino creador, la Energía divina creadora. De esta manera podemos decir que lo masculino y lo femenino se hallaban también en Dios, como el "Ser" divino y la "Energía" divina. Sin duda que en Dios forman una perfecta unidad el "Ser" y su Energía. Por eso la unidad divina perfecta está expresada, como en un símbolo, por la unión del hombre y la mujer, de lo

masculino y lo femenino. Pero en la creación lo femenino aparece o se manifiesta como la energía creadora de Dios, el impulso creador que por dentro está moviendo todo el universo, impulso y energía que en el fondo es el Amor. Es la tensión espiritual, el hálito divino que por dentro anima a todos los seres. Lo masculino, en cambio, sería el "Ser" de Dios, la firmeza, la estabilidad, el cauce en el cual la Energía se desarrolla, la seguridad que el ser tiene de sí mismo. Reiteramos que se trata de dos aspectos complementarios, que nosotros concebimos en Dios y que en Él, en el Absoluto, forman una unidad total. Pero, sin duda ninguna, responden a ciertos caracteres propios de lo masculino y lo femenino, del hombre y de la mujer.

Ahora bien, una vez que hemos determinado la esencia de lo femenino, fácilmente podemos intuir cuál es la espiritualidad propia de la mujer. La espiritualidad, repetimos, es esa especie de sensibilidad con que se capta la realidad íntima de las cosas y los valores del espíritu. ¿Cómo lo percibe la mujer?

Si la esencia de la mujer se caracteriza porque ella representa la Energía divina creadora, es decir, el Espíritu divino que está moviendo por dentro la creación entera, el cosmos en su desarrollo, en sus aspiraciones y en sus cada vez mayores realizaciones, sin duda que la mujer se halla en una peculiar situación para intuir esa realidad espiritual, es decir, ese impulso creador inmanente a los seres, a las realidades y a la vida humana misma. Porque, siendo la mujer expresión, de una manera especial, de esa divina energía creadora, en cierta manera ella está más "connatura-

lizada" con este espíritu interior de los seres y de las cosas, que es la energía divina que ella representa. Está ella, por así decirlo, como en contacto "inmediato", en una sintonización, en una inmersión, en una especie de armonía total con este aspecto de la divinidad, el cual la mujer encarna más típicamente que el hombre por su realidad femenina. Por eso la mujer se halla en una especie de contacto existencial más profundo con el impulso divino creador que está dentro de los seres. Ella expresa ese impulso y se siente atraída por él, por una especie de simpatía existencial de todo su ser, porque ahí ella se encuentra a sí misma más plenamente. El hombre, en cambio, ve ese impulso creador divino más a distancia, más racional y especulativamente. La mujer lo aprehende, lo siente más vitalmente como que la esencia misma de la mujer es la que expresa ese impulso, esa energía divina creadora, es decir, el Espíritu que flotaba en la creación sobre las aguas animándolo todo y que actualmente sigue inspirando y animando desde adentro todos los seres. La captación del Espíritu por la mujer y, por tanto, la espiritualidad de la mujer es más existencial, más profunda, más vivida de lo que es de suyo en el hombre; éste se halla más distanciado de ese impulso divino, de esa energía divina que es la corriente de la existencia porque la capta en forma más racional.

Esto nos explica ciertas características propias del modo de ser de la mujer, algo así como el rostro del espíritu femenino, de la espiritualidad femenina, la forma en que la mujer siente la realidad espiritual, íntima, que por dentro anima a los seres.

En primer lugar, la mujer tiene una *sensibilidad* vital más acentuada y de mayor resonancia que el hombre. En la mujer hay una mayor receptividad y una más impresionable onda vital para comprender las situaciones y contingencias de la vida. La afectividad femenina vibra con más vehemencia, lo cual se debe a su mayor capacidad de percibir las ondas de la energía vital y divina que por dentro anima a los seres y los sacude, según situaciones de perfección o de frustración, de felicidad o de angustia, de bienestar o de dolor. Justamente, porque estas situaciones, ya se trate de catástrofes naturales, o de la belleza de un panorama, de la tragedia de una guerra o de los triunfos humanos, la mujer las vive, con una dimensión, con una sensibilidad mucho más profunda que el hombre. Por así decirlo, los grandes movimientos sísmicos del espíritu tienen, en la mujer, una resonancia mucho más rápida y aguda. Ello se debe a que lo femenino sintoniza mejor con la corriente vital de la vida y por ello registra mejor las variantes que esa energía experimenta en los seres.

Por lo mismo, no sólo tiene la mujer una mayor sensibilidad vital y afectiva, sino también *estética*. Ello no es más que otro aspecto de la mayor posibilidad de la mujer para captar la corriente espiritual que anima por dentro a los seres y que los ilumina, causando el placer estético ante el esplendor de la belleza. Ésta no es algo puramente exterior, más bien lo exterior es apenas un reflejo de una realidad imponderable que, a través de los sentidos, descubre el espíritu. Pero, en realidad, se trata de la intuición de la belleza o de los

valores estéticos, que son una parte del ser trascendente e íntimo de las cosas. Imaginemos, por ejemplo, el secreto del arte de las flores, el ikebana; lo que ante todo se desea interpretar es la esencia misma de las flores, la esencia misma de la naturaleza, y dejar que ella se exprese, por así decirlo espontáneamente, en la disposición de las flores, de las ramas, del agua y del recipiente mismo. Es una captación estética de la intimidad del ser de la flor, de su realidad metafísica y un intento por expresarla. Ahora bien, la sensibilidad femenina está sin duda, más inmediatamente en contacto con esa intimidad del ser, del ser de cada cosa, concreta y determinada.

Por lo mismo, la sensibilidad de la mujer tiene, en general, un sentido más *íntimo* y *concreto*. Se pierde menos en abstracciones y vive más directamente la realidad interior de cada ser, de cada situación, de cada persona, de cada flor, de cada mínimo aspecto de la vida.

Este contacto más inmediato de la mujer con la realidad íntima de las cosas, nos explica otro fenómeno observado con frecuencia, es decir, la mayor *religiosidad* de la mujer en comparación con la del hombre. El hecho parece real, tanto en Occidente como en Oriente. Y, por cierto, los sentimientos de adoración y de devoción son expresados más fácilmente y más fuertemente por la mujer que por el hombre. No dudamos de que un análisis estadístico comprobaría esta opinión bastante generalizada. Ahora bien, con frecuencia se la interpreta como una demostración de cierta debilidad psicológica de la mujer. Sin embargo,

para nosotros, la razón es mucho más profunda. Lejos de ser una prueba de debilidad, sensiblería o infantilidad, ella se debe a que la mujer, por su misma esencia femenina, se halla en contacto más inmediato con la energía divina presente en los seres y, por ello, siente con más intensidad el impacto de la presencia del Absoluto actuante en la naturaleza y en la vida humana. No debilidad enfermiza, sino una experiencia más vivida del espíritu profundo de las cosas, en virtud de la espiritualidad propia de la mujer, que por ello reacciona más vitalmente frente a la presencia y actuación de lo divino.

III. LA ESPIRITUALIDAD Y LA MISIÓN DE LA MUJER.

Estas características pueden orientarnos sobre la función propia de la mujer en la sociedad, *su misión y su puesto en el universo*. Vamos a referirnos solamente a dos aspectos de la vida humana, en los que cabe una particular responsabilidad a la mujer.

En primer lugar, la mujer significa dentro de la sociedad humana el aporte más seguro a la *propagación y conservación de la vida*, de los valores vitales. El derecho a la vida, a la integridad, el rechazo a la guerra como medio de resolver los problemas humanos, la sensibilidad por el dolor humano, todo lo que en términos generales podríamos denominar propagación, conservación y promoción de la vida, encuentra siempre en la mujer un eco más rápido y más profundo que en el hombre. No es de extrañar que abunden las asociaciones femeninas de asistencia social, de pro-

tección a la infancia y a la vejez, a los impedidos físicamente, a los damnificados, etc. La mujer es impulsada instintivamente, por su misma vivencia interior, a defender la energía divina creadora y preservadora de la vida y de sus valores.

La sociedad no ha aprovechado todavía plenamente esta capacidad propia de la espiritualidad de la mujer, en el campo de los valores vitales. Porque, aun cuando haya proliferado la acción femenina en instituciones asistenciales de todo género, su presencia más sistemática y con más responsabilidad, como promotora y organizadora en los niveles nacionales e internacionales, no ha sido hasta el presente debidamente aceptada e integrada. Posiblemente, si la sensibilidad femenina hubiera intervenido más organizadamente para resolver los grandes problemas humanos internacionales de la desnutrición, el analfabetismo e insalubridad que sufren muchos países, el proceso habría sido más rápido y efectivo. Lanzamos esta apreciación al menos como una seria hipótesis de estudio.

Otro aspecto fundamental propio de la mujer, debido a su espiritualidad específica, es el de la *promoción de la paz* en la sociedad humana. Bergson y Teilhard han señalado acertadamente que, en el fondo, la Energía divina creadora, el impulso creador de Dios es Amor. Y Amor es unión. El amor une, integra, hace crecer, no separa ni destruye, ni siquiera coarta el impulso de ser más.

Si la espiritualidad de la mujer la acerca más a la Energía divina, no es extraño que, por su misma naturaleza, la mujer tenga una sensibilidad mayor por

la paz y sienta, más todavía que el hombre, el horror por la guerra.

Con mucha frecuencia ante la muerte, mutilaciones y angustias que el soldado debe sufrir en la guerra, se piensa en las madres, en las hermanas, las esposas, las novias... La sensibilidad femenina ante los males incalculables de la guerra es mayor que la masculina, y creemos que ello se debe a que la mujer, por su espiritualidad más identificada con la corriente de la vida, siente más que el hombre la destrucción y la negación de los valores vitales. Éste es otro aporte femenino que tampoco ha sido plenamente aprovechado en la sociedad humana, y que debería ser más sistemáticamente incorporado en el estudio y solución de los problemas nacionales e internacionales.

Es fácil comprender el aporte que la mujer, por su propia actitud espiritual, más vital y concreta, puede significar en las diversas estructuras de la sociedad humana. Su función de madre, esposa y educadora de los hijos es sólo un aspecto de su misión específica como mujer, pues va mucho más lejos la capacidad y la misión de la mujer en el mundo. Ésta consiste en sentir más vivencialmente el Espíritu divino, la Energía creadora y animadora del universo y de la vida humana, trasmitirla a la sociedad en sus múltiples facetas en que se manifiesta en el mundo, desde los valores biológicos y útiles hasta los sociales y religiosos.

Sin duda que cuando hablamos de la espiritualidad femenina, como expresión de un contacto más vivido y concreto con la Energía íntima que anima a los seres

y al universo y, en último término, con la Energía divina creadora, no lo hacemos en sentido exclusivo y unilateral respecto de la espiritualidad propia del hombre. Si queremos comparar ambas, diremos que éste capta y vive también el impulso interior de las cosas, pero con una actitud más teórica, abstracta, racional, y por eso más "distanciada", por así decirlo; tiene el hombre una conciencia más fría de la corriente vital, del ser interior de las cosas. Ello le permite racionalizar más sus actitudes frente a la vida. La espiritualidad del hombre representa más la visión racional, la seguridad y la firmeza del ser. La espiritualidad de la mujer, en cambio, es más energía, amor, sentimiento, es decir, se halla más sumergida que el hombre en la energía trascendente de las cosas.

El ideal será que la mujer tome "plena conciencia" de su propia espiritualidad y de su misión, como mujer, en el universo, que debe cumplir en el mundo contemporáneo. Esta toma de conciencia le permitirá asumir su puesto en la creación, sin perder su femineidad, antes bien dándose más cuenta del privilegio que tiene de sentir y expresar tan de cerca la Energía vivificante de Dios. Pero debe asumirlo sin distanciarse de la vida, sin perder la esencia de su espiritualidad en la cual expresa más plenamente su femineidad.

Se terminó de imprimir
el 30 de junio de 1978,
en el taller gráfico de LINOTIPIA GERMANO,
J. B. Alberdi 958, Buenos Aires.
Tirada: 2.000 ejemplares.

